

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

*La memoria colectiva de los pescadores cántabros, rescatada desde la Geografía**

Como señala el autor en la «Introducción» de esta obra, los estudios de la pesca en España, frecuentes desde una perspectiva económica para los últimos decenios, se ciñen, sobre todo, a aspectos productivos o técnicos. En esta perspectiva, el análisis de la pesca suele reducirse a contabilizar desembarcos y flotas, obviando el medio terrestre en que surge esta actividad económica, sus protagonistas y los procesos históricos que explican su evolución. Los aspectos sectoriales centrados en el estricto borde marítimo se presentan, así, descontextualizados, sin referencias territoriales, girando en el vacío; explicados, por tanto, de forma deficiente.

En este estudio sobre las pesquerías de Cantabria es muy otro el enfoque adoptado, pues se pretende, y se consigue, insertar una actividad histórica, que despega espectacularmente en el siglo XIX, en un marco territorial de referencia, desentrañando las relaciones entre los escenarios de la pesca, sus protagonistas y sus prácticas y su comercialización.

A pesar de la riqueza de los caladeros cantábricos, hasta finales del siglo XVIII hubo en España un predominio de las pesquerías mediterráneas, impulsadas por una demanda urbana cercana muy superior a la del Norte peninsular. Cuando, desde mediados del XIX, se generalizan las técnicas modernas de conservación del pescado, por tanto la posibilidad de colocar la producción en mercados lejanos, esa relación se invierte a favor de la

España atlántica. A partir de entonces, la expansión productiva no dejó de crecer hasta hacer de España una potencia pesquera.

En este marco expansivo volcado hacia las pesquerías atlánticas, sobremanera las del Norte peninsular, tiene lugar el cambio histórico de la pesca en Cantabria, actividad básica de las villas costeras desde su fundación bajomedieval. El fundamento del universo pesquero, tanto del histórico como del que empieza a gestarse en los mediados del siglo XIX, es el mar. Mares profundos de una estrecha plataforma continental, entre la línea de costa y el cantil submarino que se precipita en las simas del golfo de Vizcaya, y mares someros de rías, ensenadas y playazos, escenario de una remota actividad récolectora.

En unos y otros, las comunidades de pescadores desarrollaron unos conocimientos empíricos encaminados a su explotación y control. Sobre ellos trazaron sus mapas mentales, auténticos mapas ecológicos, para localizar los caladeros, abundantes en los bordes del cantil; identificaron los indicadores de la presencia de cardúmenes, como el reflejo resplandeciente de las masas compactas de peces a la luz del sol, la fosforescencia nocturna de las poblaciones marinas cercanas a la superficie, o la aparición de los delfines y gaviotas depredadores de bancos de sardinas. También transmitieron de generación en generación los signos anunciadores de meteoros atmosféricos adversos porque, con harta frecuencia, en ello les iba la vida.

En razón de las migraciones masivas de especies pelágicas o demersales a través de la plataforma continental del Cantábrico, la práctica de la pesca estuvo marcada, desde la Edad Media, por una perfilada estacionalidad plasmada en las costeras: la de invierno dedicada a la pesca del besugo, y la de verano a la de la sardina y

* ORTEGA VALCÁRCCEL, José: *Gentes de mar en Cantabria*, Santander, Universidad de Cantabria & Banco de Santander, 1996, 294 págs.

bonito. Cada una de ellas era el tiempo del trabajo intenso, en que se constituían las «compañías» estrictamente reglamentadas por gremios y cofradías.

Además de las especies migratorias, también se pescaban en todo tiempo las llamadas especies domiciliarias, habitantes permanentes del litoral por donde se desplazan según los hábitos de cada una de ellas: congrio, mero, merluza, pescados con artes de pincho, y reputados como especies de valor. De los espacios intermareales de aguas someras, rastreados por mujeres y niños, se obtenía una diversificada cosecha de peces, crustáceos y moluscos, buena parte de los cuales se empleaban como cebos y carnaza en labores pesqueras de mayor envergadura; también era éste un espacio disputado por los campesinos ribereños, pues de él extraían masas de algas, la «ribazón», para su empleo como abono en mieses y erías. La pesca de especies migratorias que remontan los ríos, como salmones y angulas, fue asimismo fuente de conflicto entre los gremios de pescadores y los ribereños.

Las artes tradicionales de redes se utilizaron en Cantabria en la pesca de especies que, en grandes tropas, se desplazan sobre placeres o playas, lejos y cerca de la costa, en mar abierto o por el interior de ensenadas y rías, en especial la sardina y el bocarte. Los de anzuelo se emplearon para peces de mayor peso y calidad: congrios, besugo, merluza y bonito; y las parayas y nasas en los espacios de aguas someras.

Desde el siglo XVIII las pesquerías cántabras se apoyaban en una embarcación, la lancha, heredera de la pinaza y la chalupa, aunque más rápida y ágil que éstas. Construida en madera de pino y roble, era una barca sin cubierta de 37 a 50 pies de eslora, 6 a 10 de manga y 2 a 4 de puntal, según la modalidad a que se dedicara; pues se construyeron lanchas besugueras, boniteras, sardineras, etc. Dotada de remos, podía armar un aparejo de dos palos, mayor y trinquete, capaz de sostener seis velas.

En la segunda mitad del siglo XIX, la lancha sardineira fue desplazada por la lancha trainera, o trainera a secas, que se convirtió en la embarcación tipo de las costeras de sardina y bocarte en las proximidades de la costa, con artes de red, traína y cercos. Difundida por carpinteros de ribera vizcaínos, supuso un importante cambio cualitativo por la ligereza y maniobrabilidad que alcanzaron, esenciales en el cerco con artes de red. A finales de la mencionada centuria, la flota de pesca cántabra estaba, pues, formada por tres tipos de embarcaciones: la lancha, besuguera y bonitera, para la pesca de al-

tura con artes de pincho; la trainera, que caracterizó al conjunto de la costa cántabra, y el bote o barquía, sucesor de los bateles, utilizado para la pesca y marisqueo en rías, ensenadas, y en general espacios próximos a la costa.

El paso siguiente en la transformación de la flota pesquera cántabra vino, como en el conjunto del Cantábrico, con la introducción del vapor. Aunque documentado ya en el último cuarto del XIX en algunas unidades, su generalización en Cantabria data del primer tercio de este siglo. Su presencia no se tradujo, como en Vigo o en Pasajes, en una flota mayoritaria de arrastreros de altura, fiel trasunto de una pesca industrial, sino en la motorización de la flota de bajura de traineras. Al mismo tiempo, se generalizaron los artes de cerco en detrimento de los de pincho, ante la demanda creciente de especies de pequeño tamaño, la sardina y el bocarte, por parte de la industria conservera.

Ésta fue el segundo puntal de la expansión y transformación contemporáneas de las pesquerías cántabras. Frente a la limitada capacidad de conservación de las técnicas tradicionales, ceciales y salpresados, las modernas en envases de hojadelata cerrados al vacío permitían la transformación industrial de todo lo pescado. La industria cántabra, como la vizcaína, se especializó desde el principio en las conservas en aceite refinado de oliva, a diferencia de las gallegas, que lo hicieron en salazones, o de las asturianas, en escabeches. En 1885 había en Cantabria 34 fábricas dedicadas a aquel cometido, frente a 16 de escabeches y una de salazones.

El número de fábricas de conservas no dejó de crecer y extenderse por todo el litoral regional, convirtiéndose en el motor de capturas crecientes: 69 fábricas en 1890 y 90 en 1930. Además de los núcleos pioneros de Castro Urdiales, Laredo, Santoña y Santander, aparecieron nuevas fábricas en las localidades orientales de Colindres y Quejo, y en las occidentales de Unquera, San Vicente de la Barquera, Comillas y Suances. Impulsadas por capitales locales y vascos, más adelante se sumaron los de origen italiano, al implantarse la salazón en salmuera de especies como el bocarte, con destino a los mercados de aquel país, en especial el de Génova, en tanto que las conservas en aceite de oliva se colocaban en el mercado interior.

La simbiosis productiva entre comunidad pescadora y estructura industrial, con el solo horizonte de la transformación de la pesca local, una tecnología elemental, unos costos de producción bajos al emplear como mano de obra a las mujeres de los pescadores, y una generali-

zada propiedad familiar fueron, al cabo, las causas de la fragilidad del sector. De suerte que el desplome de las capturas en la década de 1960 arrastró, en su caída, un rosario de pequeñas fábricas que carecían de alternativa productiva, y supuso el principio del fin de las gentes de mar.

En su evolución histórica, las pesquerías de Cantabria delimitaron también un nítido espacio social, el de sus gentes de mar. Fueron los pescadores comunidades urbanas, con un nítido perfil funcional y una definida jerarquización interna establecida por la condición de propietario de la embarcación frente a los que no lo eran. En su conjunto fueron comunidades marginadas social y espacialmente porque vivían en el límite de la subsistencia, acosados por la miseria, el hambre y la enfermedad, con unas condiciones de trabajo que encerraban un alto grado de siniestrabilidad por la frecuencia de los naufragios, con su trágica secuela de desamparo para viudas y huérfanos.

En ese marco general, la condición femenina supuso una doble marginación, porque sobre la mujer pesaban, además de las tareas domésticas y el peligro del desamparo, los trabajos complementarios de la recolección de cebos y cuidado de los artes de pesca; más el duro y mal retribuido trabajo por cuenta ajena, primero como obreras del muelle en la descarga de los mercantes, y luego como obreras eventuales en las fábricas de conservas. Eran, como las califica acertadamente el autor, las «cenicientas cántabras». — RAMÓN ALVARGONZÁLEZ RODRÍGUEZ

*El centro histórico de Cuenca**

Desde la aparición, en 1984, de su tesis doctoral (*Cuenca: evolución y crisis de una vieja ciudad castellana*), Miguel Ángel Troitiño no ha dejado de prestar atención a la ciudad que fue objeto de su primer estudio. El tiempo transcurrido desde entonces, los permanentes problemas de Cuenca y, en particular, los de su casco histórico, así como las actuaciones en curso sobre el mismo, justifican sobradamente esta nueva obra, inclui-

da en la serie «Patrimonio Histórico de Castilla-La Mancha», en la que se consideran la evolución socio-funcional de la Ciudad Alta y los efectos de las intervenciones urbanísticas realizadas desde 1980; todo ello precedido de una apretada síntesis previa sobre el devenir histórico del espacio estudiado.

El trabajo de Troitiño es interesante en sí mismo, pero también como muestra de los problemas que aquejan a muchos cascos históricos, aunque en pocos casos con las singularidades de todo orden que concurren en el de Cuenca, declarado en 1996 Patrimonio Histórico de la Humanidad.

Ese centro histórico, de unas 40 has de superficie, no es ya, pese a su significación, el centro económico ni residencial de una ciudad que ha conocido en la última década fuertes cambios urbanísticos.

La Ciudad Alta, cuyo momento de apogeo se sitúa en los mediados del siglo XVI, dejó de ser el centro económico y social de Cuenca, definitivamente, a lo largo del siglo XIX, aunque el proceso viniera de atrás. En 1860 la mayoría de sus 677 edificios estaba habitada por una sola familia, pues éstas no sumaban ya sino 840. La ciudad histórica caminaba hacia su ruina, como consecuencia de la propia ruina, iniciada en el siglo XVII, de las que habían sido las bases de su prosperidad pasada, la ganadería lanar y la industria de paños y alfombras. Los 17.683 habitantes de 1560 eran sólo 5.719 en 1845. Como reflejo del estado de cosas, la propia normativa urbana propiciaba los derribos. En 1892 había 69 casas ruinosas en la Ciudad Alta, y en 1902, como un símbolo, se hundirían la torre y la fachada principal de la catedral, del mismo modo que fueron perdiéndose media docena de iglesias y los barrios de San Miguel, San Martín y Santa María.

En 1894 se aprobó el Plan de Urbanización de la Ciudad Alta. Entre sus objetivos se hallaba el ensanchamiento del enlace entre la Ciudad Alta y la Baja que, acometido a partir de 1896, se terminaría en 1916, lo que permitió establecer, en 1920, el primer servicio público de autobús entre la plaza Mayor y la estación del ferrocarril (que se había inaugurado en 1884). A ese ensanchamiento siguieron algunos otros, pero muchos menos de los previstos en el Plan.

Antes de la Guerra Civil la Ciudad Alta se había convertido en un barrio residencial de clase media y popular, con algunas funciones administrativas y religiosas. Tenía 5.064 habitantes en 1935. Dentro de ella, el eje, hasta la plaza Mayor, conservaba alguna centralidad institucional y cierta cualificación residencial. Los ba-

* *Arquitecturas de Cuenca*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2 vols., Toledo, 1995-1996. Volumen primero, M^a Luz ROKISKI LÁZARO: *La arquitectura en Cuenca*, 383 págs.; Volumen segundo, Miguel Ángel TROITIÑO VINUESA: *El paisaje urbano del casco antiguo*, 238 págs., 3 láms. fuera de texto. Por razón del contenido circunscribimos la referencia al volumen segundo.